

**PREMIOS DEL VI CERTAMEN INTERNACIONAL DE CUENTOS
“LENTEJA de ORO de la ARMUÑA”**

San Quirico, JUNIO 2005

Obras ganadoras en la última edición del
Certamen de cuentos.



AYUNTAMIENTO DE PARADA DE RUBIALES

SALAMANCA

Pensaba en unas palabras de introducción a este cuadernillo que reúne los relatos ganadores de la última edición del Certamen de Cuentos de Parada de Rubiales y, no se me ocurría otra cosa que mostrar agradecimientos.

Primero a los que en aquel Marzo de 2000 se lanzaron a organizar conmigo este Certamen de cuentos desde la nada y que hoy ha llegado a todos los continentes del mundo. Muy especialmente al *Jurado* que en esta última edición ha tenido que realizar un esfuerzo ímprobo debido al gran incremento de participación de narraciones. Gracias a los amigos que desinteresadamente han aportado su trabajo y sus ideas y nos han permitido tener un *premio propio de nuestro Certamen*. Mi sincero agradecimiento a las instituciones que un año más siguen valorando y apoyando nuestro proyecto y, especialmente a todos vosotros que habéis participado.

Nadie ignora el esfuerzo que supone organizar un certamen literario, más en el mundo rural y más en un pueblo pequeño de pocos habitantes. Conseguir la debida difusión, recorrer los despachos contándoles a todos tus ideas y poder, al final del proceso, editar en forma de libro el resultado.

Hay que tener mucho entusiasmo y tesón y la convicción de que todo este trabajo es bueno, es creación y es motivo de reunión.

Mi más sincera enhorabuena a todos.

Pascual García Bermejo
Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Parada de Rubiales

VI EDICIÓN DEL CERTAMEN
Junio 2005

Composición del Jurado:

Presidente: **D. Pascual García Bermejo**

D. Andrés Bermejo González.

D. Nicolás Borrego Hernández

Dña. Eva Martínez Duque

Obras presentadas:

Cuentos: 329 narraciones

Ganadores:

Primer Premio: Dña. Maritza García González

Primer accésit: D. Mariano Velasco Lizcano

Segundo accésit: D. Juan Carlos Márquez

En la Pupila del muerto

Lema: *Caminante no hay caminos*

EN LA PUPILA DEL MUERTO

El deceso ocurrió a las dos de la tarde. Cuando supo que se iba se aferró a las manos de su hija María Luisa, quien recibió en pleno rostro el vómito final.

Estuvo vagando por ahí hasta las cuatro, hora en que fue consciente de su regreso al cuerpo, pero no como en esas historias donde se descubre de pronto que el médico se ha equivocado en el diagnóstico y que no se es ya objeto de sepultura. La seguridad de muerte definitiva la tuvo al escuchar sin dolor el primer tajo de sierra en el esternón y comprendió que su familia al fin iba a salirse con la suya.

— Será velado por tres días. Solo así podrá verlo Emilito... — Justificó su esposa, entre lágrimas y aspavientos, el haberlo llevado a la morgue, mientras agitaba ante las narices del forense la orden de extremarse en la momificación.

No es que le importara conservar sus antiguos órganos vitales. Al fin y al cabo solo eran pedazos de un cuerpo destrozado hacía mucho por la grasa, el alcohol y las mentiras cotidianas. Pero sabía que la muerte cobra cada segundo de más sobre la tierra.

El forense hizo bien su trabajo. Fue depositando una a una las vísceras en recipientes, al costado de la camilla metálica. Primero el corazón, que se había llevado a Venezuela el hijo, sin despedirse, lleno de miedo a lo desconocido, pero con una enorme urgencia económica en forma de armadura. Después el estómago, inservible a partir del día en que comenzó a comer hervidos para impedir a las úlceras atravesarlo del frente a la espalda. Allí estaban las tripas, esas revueltas, azules y endurecidas de soportar a Estrella, la esposa, que imaginaba ahora dormitando en un sillón crujiente, muy cerca de la entrada de la capilla mortuoria. Y el cerebro, desde los años 80 en casa de Marcela, una mulata de salir, quien le puso los pelos de punta con un golpe de caderas. Los pelos y el pene, que gracias a Dios todavía tenía pegado al cuerpo.

El doctor se esforzó en ocultarle las pupilas. Un fallecido de ojos abiertos es de muy mal gusto. Tiró de los párpados del cadáver hasta juntar pestañas con pestañas, pero el ojo derecho se resistió tanto que ya no volvió a intentarlo, y así, con un ojo abierto y otro cerrado salió a la luz de su primer día de muerto.

La llegada a la funeraria fue todo un acontecimiento. Su posición de simple mecánico, dueño de nada, alcohólico e infeliz cambió gracias a la pupila desnuda (bastante tiempo en vida no vio claro para venir ahora a perderse su propia muerte).

Percibió el entorno: el cartel colgando de la sucia pared del frente: MEJOR UNIDAD NACIONAL EN CUMPLIMIENTO DEL PLAN ANUAL. Agosto 200.. y las dos pinturas colocadas a ambos lados de la entrada de la capilla destinada a su velorio. Los cuadros evocaban abundantes glaciares de algún remoto confín helado, cuya blancura se derramaba sobre el azul del mar y sobre el marco de madera, en medio del tórrido agosto. No sabía nada de pintura, pero supuso que alguien que pintaba glaciares en un clima como este era dueño de una fértil imaginación y de un oculto deseo de cambiar por completo de geografía.

Su contemplación fue breve, pues con ligera sacudida colocaron el féretro sobre cuatro oxidados soportes, cuyos diseños al estilo neoclásico prometían larga e indiscutible permanencia.

El pequeño local se fue recargando del humo de una treintena de cigarrillos. En el vaho se mezclaban los murmullos respetuosos del sueño eterno y la escaramuza de varios compinches de trago que se disputaban el privilegio de sentarse cerca del difunto.

No obstante, el primer rostro que se asomó al cristal fue el último que había visto en vida: el de su hija María Luisa. Ya limpia y más serena, pero con ansiedad en la mirada, fijó los ojos en él. Un segundo después caía del susto sobre Josefina, una amiga de su madre que esperaba turno para mirar al fallecido.

Josefina no comprendió de pronto el empujón, pero por si acaso se acercó al cristal con mucha cautela. Ella había vivido siempre muy en el centro de las cosas y ahora no pretendía quedar al margen, así que se inclinó sin más preámbulos sobre la cara yaciente. El brillo de la pupila la detuvo en mitad del movimiento. Era raro tanto brillo en algo muerto, y al mismo tiempo tanta fuerza.

Hasta ese momento él no se había percatado del don recibido. El conocimiento de poder le llegó de la misma Josefina, quien vio pasar su vida inútil proyectada desde el ojo del extinto. Episodio tras episodio. Aquel de la boda de su hija Lola, quien se casó por amor con Ramirito, el flamante Licenciado en Lengua Alemana del pueblo. La ceremonia fue a todo el dar que podía la familia, en el Palacio de los Matrimonios, y colmada de invitados, tantos que el recién desposado no pudo darse cuenta en qué momento su Lola y El Alemán se conocieron.

Fue después, en el nacimiento del primer hijo, cuando supo que algún gen ario se había mezclado en el proceso, pero ya tarde para reparar el daño, aceptó al crío. Hizo bien, porque a partir de ese momento, y cada tres meses hasta hoy, recibe una remesa abundante de euros y la visita puntual de El Alemán, quien cuida de Lola y del hijo durante dos semanas completas, período en que Ramirito se puede dedicar por entero al descanso.

Lo doloroso del trance había convertido la vida de Josefina en una encrucijada. Claro que no era lo mismo verlo con otros ojos. Salió disparada hacia la salida y al minuto la leyenda subió de tono. El muerto podía registrar en el pasado y quién sabe si prever el futuro, cosa a la que todo al mundo aspira, aunque sea en secreto. Y era evidente que disfrutaba con la indagación.

El próximo en acercarse fue Cristóbal. Le gustaba escribir cartas, llevaba un diario, leía incansablemente. Poseedor de una manía muy peligrosa, se acercó a probar suerte, pues si el muerto podía saber, ¿qué no podrían los vivos?

Nada más una mirada y se vio a sí mismo dentro del ojo insomne subrayando con extremo cuidado cada oración leída. La prueba más irrefutable de sus lecturas. Cada documento subrayado es un documento leído. Nadie puede escrutar el pensamiento, pero si se comete el error de dejar huellas de lecturas, se sabrá lo que uno piensa. Y Cristóbal pensó: la sabiduría del muerto acabaría por conocerse en los medios de prensa, y entonces el pueblo no tendría salvación.

De un tirón cubrió el cristal con un paño negro que colgaba de un clavo a su derecha y salió de la capilla en silencio, pero sin lograr ocultar la palidez del rostro.

Quince minutos después, Carmen, la esposa del hijo ausente, tiró del manto que cubría el féretro preguntándose quién habría perpetrado tamaña irreverencia, pero sólo le bastó un segundo para darse cuenta que la decisión había sido acertada: se vio en los brazos de Fernando, el dependiente de la tienda por divisas. Ser infiel no había sido difícil, sobre todo con un hombre de tantos recursos, pero que su suegro la descubriera aún estando muerto... No conseguiría ocultarlo a Emilito, pues parecía como si el muerto no pudiera evitar proyectar la verdad desde su pupila.

Entonces comenzó a meditar de qué forma remediar el problema. Lo primero era hacer una prueba con alguien muy querido por el difunto. Así, interviniendo lo sentimental, no quedarían dudas acerca de si se podría o no manipular la verdad, aún la muerte mediante. Salió al portal de la funeraria para tomar inspiración. Y bien que le vino. Por la acera del frente pasaba Ismael, con el pelo recogido sobre la nuca, un par de gafas oscuras y el pantalón apretado al cuerpo. A pesar de sus cuarenta era la locura de las jóvenes, el único roquero con pedigrí del poblado. Y según las malas lenguas, el padre del hijo de María Luisa.

Carmen se plantó frente a Ismael con una mueca que pretendía ser sonrisa. Se preguntaba si él querría pasar a rendir honores al fallecido. El hombre no estaba preparado para la invitación y no pudo evitar el titubeo. Carmen interpretó el gesto como la confirmación de los rumores pueblerinos e insistió. Y así logró arrastrarlo hasta la capilla.

Como todo buen amante de la música, Ismael había cometido sus pecadillos. Guardó celosamente y durante mucho tiempo los discos de los Beatles, aún cuando escucharlos era fatídico para la ideología. Y más, qué decir de sus coqueteos con la primera época de Silvio R, aquella que todos añoran. Bueno, él no sabía del don del muerto. En vida habían compartido dos o tres tragos circunstanciales pero nada que ver con compartir opiniones. Es verdad que le gustaba María Luisa, pero ella era una mujer casada, y aunque los roqueros podían ignorar los dogmas, él conocía de límites. Con esas glorias y pocas penas pasó la prueba de la pupila.

Para Carmen fue insoportable. Creyó de inmediato en la conspiración familiar. Ella nunca había sido bienvenida a la familia, sobre todo después de su insistencia en que Emilito viajara, muy a pesar de su miedo a volar. Eran cosas de guajiro y hacía falta el dinero.

Bueno, si la pureza de la María Luisa había quedado incólume, deberían tomarse otras medidas para acallar al suegro, que de tan indiferente en vida, se había vuelto muy observador en la muerte.

Decidió acudir a las autoridades. A las cuatro horas de la notificación de tan extraño suceso, hizo su entrada a la capilla el teniente Duque. Con expresión autoritaria pidió a los dolientes quedarse a solas con el cadáver. Si aquello que le contaron era cierto, no convenía tener testigos de su inspección. Con nerviosismo sacó un destornillador del bolsillo de su chaqueta y comenzó a abrir la tapa del ataúd. De fuera llegaban cuchicheos que aumentaban su perturbación, hasta que con un ademán brusco terminó por destapar la caja. En verdad que era una fea imagen la del extinto. Pero quiso un cara a cara sin cristal por medio. Si había que ser drástico lo sería y no digo si le cerraba el ojo.

Pasaron dos o tres minutos y no se producía la exposición de evidencias. O la gente era muy impresionable o necesitaba hacer catarsis de lo que llevaba dentro. El policía no era muy astuto, pero estaba entrenado para desconfiar de todo y de todos. Descubría conspiración, atentado al poder en la más mínima acción. Como nada sucedió, decidió cerrar el féretro y abandonar el área hasta consultar con los superiores.

En el ínterin, su esposa Nancy, la maestra de primaria más antigua de la zona, convino quedarse observando para informar al marido de cualquier asunto sospechoso. Ella había sido muy creativa en sus años mozos. Heredera de los mejores preceptos de la pedagogía positivista, aquello de que letra con sangre entra, acostumbraba a poner de rodillas a sus alumnos sobre chapas de botella detrás de las puertas, sobre todo si practicaban la fe

católica, porque la religión es el opio de los pueblos y porque hay que saberse las preposiciones de memoria.

Se acercó al sarcófago con cuidado y depositó sobre él una tímida amapola. Con este gesto suponía que, si era verdad lo que el pueblo comentaba, el yaciente perdonaría cualquiera de sus inconsecuencias.

Pero se equivocó. Ante sus ojos desfilaron sus secretos bien guardados. En la cocina, mientras preparaba la carne de res que su mando había confiscado hacía unas horas a un matarife ilegal, se dejaba toquetear por el carnicero legal de la bodega pueblerina. Carne que lleva a la cárcel hasta al más pinto con quince años sin indulgencia. Vaca sagrada del Caribe. No. Esto no podía tolerarse. Tendría que dar cuenta y la funeraria quedaría cerrada hasta que llegara el hijo del difunto: el que estaban esperando para el entierro.

Los afligidos familiares se alarmaron ante tal mandato. Faltaban cinco horas para la llegada de Emilito, que en ese justo momento recorría en un carro desvencijado los quinientos kilómetros que lo separaban aún de su padre. Porque ni para un asunto de tanta urgencia y congoja habían podido enviarle en un transporte adecuado.

Emilio Solo, el hijo ausente, el mejor médico del poblado según la comidilla. Dedicación y belleza física aventaron su fama, hasta que un día el amor le llegó en una ambulancia. Y con él, los compromisos. Primero un hijo y después otro. Cuatro en total. Porque de aborto no podía hablarse en su casa.

Entonces no tuvo más lugar para la tranquilidad de espíritu ni de bolsillo. En sus largas noches de guardia ideaba posibles soluciones, hasta que le cayó del cielo aquel bendito viaje. Bueno, en verdad que al principio se negó, cosas de guajiro que nunca se ha montado en un avión, pero en cuanto se repuso de la primera, no dudó en dar el paso al frente.

Dos meses fuera y se sintió otro. Aún cuando sobre él pesaba el remordimiento de contrariar al padre. Pero es que valió la pena. Ya había comprado mucho de lo que Carmita necesitaba para la casa, incluido aquel equipo de video tan ansiado.

Es verdad que había mucho trabajo. Largas madrugadas. Caminatas agotadoras. Gente diferente. Más agradecida por menor costumbre de atención tan esmerada. Si se viene a ver, hubiera preferido hacer lo mismo allá en su pueblo. Pero estaba lo del dinero. Y eso allá ni soñarlo.

Desde que supo la noticia no dejó de sollozar. Aún cuando le explicaron que se habían tomado las medidas para que pudiera acompañar al padre hasta su última morada. No. El motivo de su aflicción era la saga de los malos agujeros: solo dos meses fuera y ya con un muerto en la familia. Por algo se había resistido a salir. Claro que no pudo negarse por mucho tiempo. Eso no es cosa de patriotas.

A su llegada lo estaban esperando en el aeropuerto de la capital. Puede decirse que la plana mayor. Hubiera preferido llorar sobre los hombros de Carmita, pero ella estaba ocupándose personalmente de su traslado, allá en el lejano pueblo. Muchas llamadas tuvo que hacer para conseguir que lo montaran en el ómnibus de salida más cercana. Aún así la

precariedad del vehículo que abordó era absoluta: se descompuso tantas veces que llegó al poblado al anochecer del tercer día, bajo un gigantesco aguacero.

Su arribo tan esperado hizo que por un buen rato se olvidaran del muerto. Al fin y al cabo Emilito era una especie de héroe. No aplaudieron cuando puso pie en tierra porque su rostro estaba empapado, y existió la confusión de si de lluvia o de lágrimas. Por si acaso se aplacó la efusividad y le abrieron paso hacia la funeraria.

Todavía al llegar a la puerta de la capilla era seguido por una muchedumbre ahora en silencio. Con un ademán pidió estar a solas con su padre.

La pupila fría, clavada en el techo, reflejaba el vaivén de las cintas de las coronas. Azucenas, rosas y girasoles ya marchitos se inclinaban sobre el féretro tapizado en burda tela gris y a la cabeza del cajón dos bombillos polvorientos, en un amago de luz, solo conseguían hacer crecer las sombras.

Emilio también tuvo miedo de escudriñar dentro del iris. Pero al acercarse al rostro amado solo consiguió percibir en la pupila su propio rostro, cansado y doliente. Su frustración y su infelicidad. Y no había nada más que ver. Se abrazó al féretro hasta que alguien le susurró al oído que ya era la hora.

En el patio se habían congregado los que asistirían al sepelio. A la capilla ya nadie se aventuraba j por temor al poder del muerto. Despacio y con mucho cuidado fueron recogiendo las coronas para evitar que las flores se desgranaran sobre el piso. Luego sellaron la tapa del ataúd y cuatro hombres lo sacaron a la luz del crepúsculo.

Había cesado de llover. Varios carros en hilera esperaban para iniciar el cortejo fúnebre. El teniente Duque y su esposa vigilaban todos los movimientos a escasa distancia. No era cosa de ignorar lo que allí ocurrió y podría esperarse algún último acontecimiento. No obstante la tranquilidad había vuelto a la comarca luego de que se anunció el entierro.

Poco a poco los carros enfilaron por la única avenida del poblado, en cuyo extremo se encontraba el cementerio. La rutina fúnebre exigía paciencia y destreza de los chóferes, pero en este caso tendrían que apurarse un poco porque la noche se insinuaba y las luminarias públicas no habían sido encendidas. Alguien desde la calle gritó que no habría luz para enterrar el cadáver porque una avería en el tendido privó al pueblo de electricidad. Eran las consecuencias de la lluvia y el óxido.

La carroza fúnebre hizo su entrada en el camposanto cuando ya era un poco difícil ver al de al lado. La familia buscó con prisa la tumba que le habían asignado desde el día anterior. Resultaba un grosero montículo de cemento de fauces abiertas, recubierto de lodo rojizo, sin otra señal que una cruz despintada y maltrecha. Sin tiempo para reclamaciones, los vecinos juntaron

linternas y velas y así iluminaron la ceremonia. Nadie despidió el duelo. Las flores cayeron de golpe, aferradas a la oscuridad.

Cuando supo que estaba en el interior de la tumba detuvo la búsqueda y se preparó a esperar que su última visión, la única de futuro, se realizara.

Biografía

Mariano Velasco Lizcano nació en Alcázar de San Juan (Ciudad Real) el día 4 de diciembre de 1956. Es Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Ha realizado, así mismo, múltiples Cursos Universitarios en el área del Medio Ambiente y la Educación Ambiental. Actualmente desarrolla su actividad laboral en la empresa RENFE en Alcázar de San Juan.

Inició sus actividades literarias e investigadoras a finales de la década de los ochenta, pero no sería sino con el inicio de los noventa cuando esta actividad pasaría a constituir una parte esencial de sus preocupaciones. Ha sido ganador de más de 30 certámenes literarios en la modalidad de cuento y narrativa breve y es así mismo autor de las publicaciones “Escribir a Laura”, edición correspondiente al Primer Premio XVII Certamen Literario “Carta Puebla” 1995 de Miguelturra (Ciudad Real), “Los nuevos regadíos y Ruidera: un modelo de desarrollo insostenible en el Campo de Montiel” edición del Instituto de Estudios Albacetenses, 1998; “Hablemos del Acuífero 23” Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, Toledo, 2001; “El Motín/Correo 021: parada accidental” Colección Tesela, nº 9, Patronato Municipal de Cultura, Alcázar de San Juan, 2001; “La ruta de Don Quijote y Azorín” Colección tesela, nº 12, Patronato Municipal de Cultura, Alcázar de San Juan, 2004; “Crónicas del caminar” Aguas de Alcázar, Alcázar de San Juan, 2005. Es, así mismo, Premio Periodístico Nacional “Salvad Las Tablas” año 2000.

Actualmente intenta compaginar la literatura de creación con la de investigación. En esta última faceta, ha escrito más de un centenar de artículos (Diario 16 CLM, La Tribuna de Ciudad Real, Lanza, Canfali) relativos a la problemática ecológica y social de la Cuenca Alta del río Guadiana, y ha elaborado una herramienta multimedia CD-Rom sobre esta problemática social y ecológica. Desarrolló sobre el mismo tema la Tesis doctoral que bajo el título de “100 años en el desarrollo de la Cuenca Alta del Guadiana: 1898-1998” ganó el 1º Premio de Investigación a Tesis Doctorales del Consejo Económico y Social de Castilla La Mancha. Actualmente desarrolla una intensa actividad como conferenciante e imparte cursos relacionados con estas investigaciones.

Noche de lobos

Autor: Mariano Velasco Lizcano

NOCHE DE LOBOS

Los borceguíes del Guardia Civil chapoteaban por entre el fango. En las transparentes aguas de la laguna, entre los nubarrones de la noche, se reflejaba la menguante luna.

El aldeano caminaba frente a él; sólo era una respiración pausada, una andrajosa figura, parecía un alma olvidada...

Todo había ocurrido de forma rápida y silenciosa. La chabola de carrizo y bardo, los tejados poblados de malas hierbas, como huerto abandonado, blancas las paredes como lienzos recién lavados ... Unos golpes en la puerta, presagio de odiada autoridad de capotes y tricornios: - ¡Venga, acompáñanos!

El señorito había llegado a la aldea precedido de una amplia reputación: héroe del Alcázar, mutilado de guerra, sobrino de general... Apenas unas horas y ya controlaba la situación. Un tiempo de espera, unos manejos legales; cuentos, engaños, algunos líos, y la mísera subsistencia quedó bajo su control. Su poder omnímodo, su autoridad impregnando hasta el último rincón del más ínfimo hogar, el terror que suscitaba era atroz ¿Quién osaría oponerse a su voluntad? ...

Tanteando con los pies el aldeano bajo la pendiente sin perder el equilibrio; con su cara de miseria y fatiga, la cabeza cabizbaja. Conocía bien el sendero. Al final lo había recorrido tantas veces... Siempre cargado como un burro; ora un brazado de leña, ora unos peces...

Tenemos un zarrapastroso ilustrado ¿Qué le parece?

Lo que nos faltaba, mi cabo, un revolucionario.

Eso, un revolucionario ... Pues se le va a cortar la revolución.

El Guardia Civil odió el barro que humedecía e impregnaba sus botas. Sentía los gruesos calcetines de lana totalmente mojados y al mover los dedos de los pies, sentía un borboteo que le llenaba de escalofríos. Se detuvo en la marcha.

El campesino, como si el silencio de los pasos de su guardián impusieran una orden, se detuvo también. Después volvió sus ojos, hurgando en el vientre de la noche, en un intento de buscar al Civil. Reconoció su silueta acurrucada en el camino, y sintió un frío atroz "Me va a matar" - pensó.

Pero el Guardia Civil sólo husmeaba entre sus botas sin al parecer prestarle mucha atención. Después sintió su mirada fija en él. Es curioso cómo aún en la oscuridad de la noche uno sabe cuando le miran de frente ...

-¡ Venga, camina, quién te ha mandao parar!

Estaban cerca de la quebrada, allí, a no más de una hora de la aldea, y sin embargo parecía situada a toda una eternidad. Entonces lo comprendió. Esta vez no habría retomo. Otras veces había vuelto, maltratado, magullado, mil veces apaleado, herido en su físico y en su

interior, pero al fin, a pie o a rastras, había regresado. Pero esta vez no, esta vez, él lo percibía claramente en su interior, su viaje tendría un accidentado final.

Pensó entonces en su vida, algunos años atrás, aquellos cuando enfermó su Amalia y él comprendió que todo su mundo se derrumbaba a sus pies. La había visto consumirse poco a poco, el trabajo, los años, y ahora la enfermedad; su hogar, como barco a la deriva, naufragaba en un mar de desorden y caos. De modo que él apenas dormía, ni se alimentaba ... No era irreversible la enfermedad de la compañera, bastarían algunas medicinas, mucho reposo y una buena alimentación: "Yo te las conseguiré" Y tuvo que volver a casa del señorito. Creyó que si le contaba las muchas penas que le acosaban, él se haría cargo y con su ayuda los males se remediarían...

Pero no fue así. Y el aldeano comprendió que cuando las riquezas colman a quien vive de sacrificar a los demás, el alma, materializada por la abundancia, pierde la sensibilidad. Él tenía que allegarse a la casa para facilitar los mínimos cuidados a su mujer. Pero esto el patrón nunca lo entendió, así que fue despedido. Después, en el tiempo de dolor que vivió con su mujer, ya nunca se apartó de su lado. Le asía sus manos con suavidad impropia de tan callosas palmas, de su boca, aunque torpe y zafiamente, un amoroso susurro siempre presto, la ternura, la congoja y el dolor atenazando aquel cuerpo de labriego quemado de tanto sol ¡Quién tuviera dinero!

Temblaba el aldeano y no dejaba de sorprenderse de que esto fuera así. Él, veterano de dos guerras y curtido por la vida en tan agreste lugar, era hombre de los de plena resolución. Antaño lo había demostrado. Y sin embargo la inquietud ante la muerte ahora le hacía temblar.

Suspiró con fuerza en un intento sublime por tranquilizarse. Detuvo su marcha y se volvió:

-¿Tienes un cigarro? - Pregunto el aldeano con voz profunda.

El Guardia Civil se sorprendió y terció el máuser hacia él ¿Por qué mierda aquel palurdo se le dirigía con tanta naturalidad? ¡Ni que fueran compadres!

Por toda respuesta, el Civil, aproximándose, le hizo comprobar la eficacia de la culata:

-¡Venga, camina y no hables tanto!

Y el aldeano continuó. Pero entonces comenzó a hablar como en un sordo monólogo dirigido a las entrañas de la noche.

-Fuimos nosotros, los aldeanos, quien con nuestra propia sangre convertimos en productivas estas tierras. Antes sólo eran pantanos que para nada servían. Nosotros creíamos que trabajábamos unos predios que tarde o temprano nos pertenecerían, al cabo llevaban toda la vida abandonados. Pero así que comenzaron a dar producción fueron reclamados por amos desconocidos que nunca hasta aquí se habían llegado ¡Era tan fácil enganchar las fiebres! ... Y los campesinos nos vimos enredados en negocios de Guardia Civil y juzgados, hasta que fuimos expulsados de aquellos terrenos que con tanto sudor habíamos fecundado ... Después, vuelta a empezar un poco más allá ¿Qué hacer si no? ... Así hasta morir, sin la mínima posibilidad de legar nada a nuestros hijos...

-¡Mejor te callas y sigues! - dijo el Guardia Civil.

-Al final la única tierra que jamás conseguiré será la que me echen encima
...Es duro nacer tan miserable ...

Volvió a caminar el labriego.

-¿Casado? -preguntó. Y su voz llegó desde lo profundo de la noche.

El Guardia Civil no respondió. Jamás hay que hablar con un prisionero, a menos que sea un interrogatorio, a menos que sea para obtener una información.

-Yo sí estuve casado -el aldeano hablaba ahora con voz tranquila, como si estuviera dando un feliz paseo bajo la luz de la luna. Ya no había miedo en su voz, ni preocupación, ni nada. Como si la aceptación de lo inevitable le hubiera colmado de paz y tranquilidad-. Toda mi existencia he callado para mal vivir, y ahora que he hablado para mejorar, voy a morir...

-¡Joder, quieres callarte de una vez!

-¡Y a tí qué más te da! ... Tu no dudas en hacer lo que vas a hacer. Hablo porque quiero ¿Acaso no tengo derecho? Es el último cigarro el que pido, y esta es la última conversación...

-¡Mierda de cateto ilustrao! -Casi grito el Guardia Civil-. Si no fuera por ti y por otros como tú, yo tendría las noches más tranquilas.

Si no fuera por ti y por otros como tú, yo estaría ahora en mi casa.

¿Qué mierda es lo que hace? Gritó furibunda una voz surgida de las tinieblas. Nada mi cabo, el prisionero que está de cháchara. ¿Está nervioso o qué? No mi cabo, es que ... Ni es que ni nada; aquí se hace lo que hay que hacer, y se acabó ... ¡Venga, continúen!...

Nunca tuve hijos -seguía perorando el campesino-. Me hubiera gustado tenerlos, sí. Al menos alguien me echaría de menos, y a lo mejor hasta me extrañarían, no creé ... Por eso leía libros, porque no tenía otra cosa que hacer en las largas noches de frío y aprieto ... ¿Cuánto duele el hambre? ¿A usted le gusta leer?

Callaba el Guardia Civil mientras caminaban. Casi se podía percibir en el macabro silencio de la noche como el palpitar de sus pensamientos, sus pasos ya menos resueltos.

¡Ande, tome un cigarrillo! -dijo el Civil, extendiendo la petaca.

El aldeano acercó su rostro a la yesca del mechero, labios y pómulos alumbrados de un rojo carmesí. Después, la punta del cigarro se ilumina intermitentemente; rojo, amarillo; rojo, amarillo, con cada chupada del cigarro; la mirada perdida en ninguna parte.

El silencio de la noche, frío y penetrante, cortaba como un cuchillo:

"Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de lucha de clases ... Opresores y oprimidos, frente a frente, siempre ..."

¡Ya cállate, viejo! -gritó el Guardia Civil.

Yo no sabía de estas cosas. Antes siempre pensé que las cosas eran así porque esa era de la única manera que podían ser. Pero no era verdad. Nos hacen creer en esa verdad a base de hambre, sufrimiento y humillación. Pero algún día

acabará. Detrás de mí vendrán otros, y la justicia reinará algún día en la faz de la tierra ...

El ruido del cerrojo sonó como augurio siniestro.

-También ustedes algún día llegarán a comprender. No son mala gente, sólo les manejan...

Los pasos del campesino se hicieron lentos y pesados ... Después se paró; un extraño terror le impedía continuar...

Entonces la deflagración sonó iluminando la noche. Algunas rapaces gritaron en la oscuridad...

-¡Vayase!... ¡Vayase, y no vuelva más!...

El Civil dio media vuelta y desapareció como tragado por la oscuridad de la noche. Después en la lejanía sintió una voz que interpelaba ¿Ya acabó? ... ¡Sí, mi cabo, ya acabé!

...

Mientras, en el vientre de la noche, un campesino, un hombre cualquiera, permanecía en pie; frío, estático. Por su rostro, cual besana, las lágrimas corrían...

Biografía

Permítame el lector que hable de mí en tercera persona como si fuera un futbolista o una folclórica. Es un capricho que llevo tiempo deseando cumplir.

Juan Carlos Márquez (1967-?) nació en Bilbao, pero reside desde hace un lustro en Madrid, donde está empleado en una empresa de telecomunicaciones. Con anterioridad fue técnico en un laboratorio fotográfico y ejerció el periodismo escrito y la documentación en diversos medios. En cuanto a su relación con la literatura, se autodefine como un narrador, si bien desconoce si eso es bueno o es malo: “Me divierte contar historias, ficciones, qué le vamos a hacer. Soy un yonqui de la fabulación. No pretendo cambiar el Mundo ni difundir mi filosofía vital entre sus habitantes. Si alguna vez lo intento, lapídenme y acepten de antemano mis disculpas”. Márquez escribe por la mañana temprano, con el regusto de la primera Coca-Cola. Como no le pone la soledad, lo hace en compañía de Satie, Rachmaninov, Schubert o Miles Davis. Como todos, tiene sus fetiches. Siente una admiración (envidia) sin límites por la fluidez narrativa de Capote. Adora también la brutalidad de Bukovski, la contención de Chéjov y Carver, la hondura de Richard Ford, la escritura hipnótica de Auster, el talento de Leavitt para convertir lo cotidiano en acontecimiento... Seguramente la lista sería interminable. Márquez ha obtenido algunos premios literarios (**Premio Unión Latina** Dic 2003, **Certamen de Relatos Alberto Moravia**, Sept 2002, **Concurso Cruel de Relato** Oct 2004, **Relato Corto la Nueva España**, **Certamen de Relatos Nitecuento** Sep 2003 y tiene un manojo de cuentos publicados). Actualmente está volcado en su *blog* “Relataduras”, donde puede leerse buena parte de su producción. En la vida real sus debilidades son, por este orden, Itziar (su mujer), familia, amigos, viajes, Athletic de Bilbao, cine, gastronomía y vino con mayúsculas.

Algunos de los Relatos publicados son **Overbuquin**, **La camioneta**, **In media res**, en La Nueva España (edición cuencas) en distintas fechas, **In media res**, Cuencos, Geografía franquista y El ojo vago (“**Leí el diario de un extraño**”, **May. 2003**, editorial T.E.M.), **Moscas** (“La magia del río”, Dic. 2002, Editorial Tempus), **Casandra y Diario cuasidesarticulado de don Fernando Puig Ica Galera** (“Nada Normal”, May. 2002, editorial T. E. M.), **El alpinista** (“Los cuentos de nunca acabar”, Nov. 2002, Publicaciones Acuman), **Sin acotaciones** (“Letras de Seda”. Lanús (Argentina), **Ninfas**, “Estrella Fugaz”, **Familia y El violinista**, en “La radio es un cuento”, **Postes eléctricos que cuentan trenes**, diario Deia (suplemento cultural Ortzadar 09/03/2004).

LAS LEYES DE DARWIN

Autor: Juan Carlos Márquez Sánchez

LAS LEYES DE DARWIN

A principios de la primavera de 1949 mamá quedó embarazada de Tinín. Había de ser el decimocuarto vástago de una larga saga de muchachos —ella sólo concebía varones— nacidos en apenas quince años. El impulso reproductor de mamá, que seguramente se hubiera acelerado si papá hubiera tenido un empleo distinto del de sereno, había fructificado hasta la fecha en cuatro medallas a la natalidad. Y aquí termina la parte positiva del asunto. Porque, para no desviarme un ápice de la certeza, les diré que éramos pobres de solemnidad. De mendrugo, churretes y moco tendido. Éramos tan misérrimos que a partir de Rodrigo, el tercero de la estirpe, el contorno de nuestras bocas empezó a mermar paulatinamente de tamaño. De modo que Fabián, en aquel momento el último de la lista, sólo podía sorber la leche con pajita. Un ejemplo práctico de lo que en términos científicos Darwin dio en llamar adaptación de las especies al medio, en nuestro caso a la hambruna.

Entonces, en la primavera de 1949, acabábamos de llegar a Madrid y adoptado por bemoles una actitud pionera: Éramos *okupas*. Nos habíamos instalado en el barrio de La Guindalera, en un inmueble de dos plantas con un descomunal y redondo boquete en la fachada, según nuestras pesquisas entre el vecindario causado por un obús. Los estragos de la guerra. Ya se sabe. El inmueble, denominarlo vivienda le daría visos de habitabilidad, era lo más parecido a un submarino que habíamos visto hasta la fecha. Literas aquí y allá para albergar a la tripulación y una humedad aceitosa pegada a las paredes. Por no hablar de los zafarranchos de combate contra los roedores, ratas soberbias y enormes, ratasaurias, cuyas ofensivas feroces repelíamos a escobazos en formación de falange macedónica. Como, entre otras muchas incomodidades, no teníamos cuarto de baño, hacíamos nuestras necesidades en un cubo, preferentemente dentro. Cada mañana y por riguroso orden alfabético, salvo sobornos y chantajes de última hora, uno de nosotros vaciaba el contenido del cubo en una arqueta dos calles al Norte.

Llegados a este punto he de confesar que la afición procreadora de mis padres, Benigno y Justa, no era sino un mero mecanismo de distracción. De distracción ante las fauces del régimen. Mientras el gobernador o el alcalde de turno siguieran colgando del pecho de papá medallas cuatrienales a la natalidad, ambos estarían libres de sospechas. Y eso es muy de agradecer cuando se es uno de los principales correos de la resistencia.

El *modus operandi* era siempre idéntico. En medio de la noche sonaban unos golpes inopinados a la puerta. Mamá salía a abrir y recogía bajo una maceta de geranios o de pensamientos una nota manuscrita que ocultaba aprisa en su ropa interior. Por la mañana, sin previo aviso, se hacía una trenza, recogíamos los bártulos, nos subíamos a una carreta y tomábamos las de Villadiego.

Hoy soy capaz de recordar aquellos días sin furia, hasta sin resquemor si me apuran, pero lo incuestionable es que la militancia de papá nos obligó a sus hijos a vivir y cohabitar en condiciones paupérrimas. Exceptuados los días en que le prendían la medalla de la natalidad al pecho, en los que nos sentaban en sillas plegables a una mesa, en la más cruda intemperie, y un funcionario sonriente nos agasajaba con tintorro, ensalada y pollo, nuestra dieta se limitaba a patatas hervidas. Patatas para almorzar y patatas para

cenar, cuando no mondas. Patatas que, dependiendo de la geografía y de la calaña de sus gentes, nos valieron los distintos sobrenombres de Los Patatos o Los Papas. Cierto que las medallas de oro a la natalidad eran macizas y que su venta en el mercado negro hubiera reportado al clan beneficios suficientes para alimentar a una escuela de luchadores de sumo. Pero las medallas no se podían vender. Debían estar todas prendidas del chaleco de papá para, de cuando en cuando, ser immortalizadas en una instantánea por un reportero de *El Alcázar* con una pierna más larga que la otra o un camarógrafo lampiño del *No-Do*. Y allí que nos plantaban a toda la familia antes del festín, bajo palio improvisado, con los estómagos vacíos y los intestinos tarareando La Internacional. Papá con sus medallas y mamá con su tripón, los dos en el centro, y a ambos lados el resto de la prole en orden decreciente de altura, dibujando una pirámide sin mácula.

Una madrugada, al poco de asentarnos en La Guindalera, nos sobresaltaron unos aldabonazos. Los mayores nos miramos desde nuestras literas, pero enseguida dimos la media vuelta y nos hicimos de nuevo un ovillo con las ásperas y raídas mantas. En medio del aturdimiento general pensamos que mamá había recibido otro de aquellos mensajes que se habían convertido ya en habituales. No obstante, al momento se oyeron unas voces tan enérgicas como poco amistosas que nos convencieron de lo contrario. Armados con los mismos escobones con que manteníamos en su rincón a las ratas, bajamos deprisa, y al otro lado de la puerta vimos a un viejo que daba explicaciones gesticulantes a mamá en presencia de dos policías. Era un ser decrepito y tembloroso metido en un traje marrón. Uno de esos viejos que cada noche se agarran a un candil y dejan que transcurran las horas hasta el día siguiente por miedo a quedarse dormido y no despertar. Según una escritura de propiedad que acababa de desenrollar entre las manos, el inmueble que habitábamos le pertenecía y, si queríamos continuar allí y no hacer noche en la comisaría más cercana, habríamos de abonarle cinco pesetas: una por las molestias de la ocupación, dos por el alquiler mensual y otras dos en concepto de fianza. El caso es que mamá se ausentó un momento y, contra todo pronóstico, volvió con un duro de papel encerrado en un puño. Era la primera vez que veíamos uno y, de no haber sido testigos del trueque la pareja de policías, el billete hubiera pasado de mano en mano como una estampa de las Tres Gracias de Rubens que Fermín, el primogénito, había encontrado años ha en el doble fondo de un baúl.

El caso es que mamá entregó el duro al viejo con la condición de que, a la mayor brevedad, este enviara a alguien para tapan el boquete de la fachada y desalojar de una vez por todas a las ratas. Mas los días fueron pasando y se hicieron semana, el boquete se ensanchó, la colonia de roedores estaba ya en el límite de lo que hoy en día consideramos una civilización y el viejo y sus enviados seguían sin dar señales de vida. Así que un sábado por la mañana, mientras papá dormía, mamá nos convocó a todos para que la acompañáramos al mercado del Barrio de Salamanca, donde había oído que el viejo regentaba una pollería en la cual podían comprarse indistintamente pollos o crías para cebar. La información resultó ser cierta. El puesto del viejo era además de los más grandes y frecuentados del mercado. El pasado, el presente y el futuro del pollo en un mismo escenario. Decenas de ellos colgaban de garfios de alambre y había un mostrador de formica blanca repleto de pechugas, muslos y alas apiladas con pulcritud en bandejas. Delante, sobre el suelo de linóleo, estaban dispuestos dos cajones de madera cuyo fondo

ocupaban dos hervideros de pollitos que se movían como mareas y picoteaban compulsivamente granos de maíz.

Mamá guardó la vez y, en cuanto el viejo terminó de despachar a unas clientas, plantó ambos codos sobre la barra.

—Se lleva las ratas y cierra el boquete ó me devuelve el dinero ahora mismo —dijo.

El viejo asió un machete y se puso a despedazar un pollo en las mismas narices de mamá. Estuvo un buen rato troceándolo, y después se puso a jugar con los trozos entre los dedos. Parecía un leproso enredando con su propia carne. Mamá hubo de insistir:

—¿Es que está *usté* sordo?

El viejo no hizo el menor caso. Continuó sobando los trozos de carne blanca y gelatinosa y empezó luego a retirar la piel de un muslo con sus propias manos. Estaba sonriente y tenía los dedos pegajosos, que restregaba de cuando en cuando contra la pechera de un delantal. A veces se le pegaban tanto a la tela que le costaba separarlos.

Mamá nos hizo una seña con una mano y nos sentamos los trece en el suelo delante de la pollería. Juro por Dios que ninguno de nosotros sabía entonces de Gandhi y de la no violencia. Se trataba sólo de taponar cualquier acceso hacia el mostrador. De poner nervioso al viejo. El lugar fue llenándose poco a poco de curiosos, pero no entraba en nuestros planes movemos de allí hasta que el viejo, que entretanto afilaba su machete de forma disuasoria, se comprometiera a satisfacer nuestras pretensiones. Al fin y al cabo estábamos acostumbrados a los mirones. A ser una atracción numerosa de feria. Cada uno de nosotros había aprendido desde muy niño a escudriñar la compasión, el rechazo y la burla en los ojos de los otros. Sí, Los Patatos teníamos aguante. Y orgullo. Un orgullo sin base moral. Una especie de fe recóndita en nosotros mismos. Cada nuevo retoño de Benigno y Justa nacía con la boca más pequeña que el precedente, eso era un hecho, pero, por mucho que la boca menguara, siempre podríamos gritar por dentro.

Seguramente estaba pensando en eso o en algo parecido cuando el viejo soltó el machete y me enchufó en la cara un chorro de agua helada con una manguera. El chorro impactó luego en Rodrigo, en Berto y en Sandrín. Y en la espalda de mamá cuando intentaba proteger con su cuerpo a los pequeños. Frío y compacto, iba y venía cargado de agua y de ira mientras retrocedíamos. Un odio líquido. Aún peores eran las carcajadas del viejo y de los curiosos que se aliñaban con toda clase de improperios.

Con todo, lo más doloroso fue descubrir que nuestra fe era tan recóndita como permeable.

No tuvimos noticias del pollo hasta que llegamos a casa. En medio del revuelo causado por el manguerazo, Fabián, el benjamín, lo había cogido de uno de los cajones y ocultado en un bolsillo. Estábamos acabando de secarnos y de repente allí estaba la criatura sobre la palma de la mano izquierda del chico. Un Pío, así es como lo llamé, un Pío que sonó enorme en aquella boca tan escueta que sólo podía ingerir líquidos y papillas. Poco mayor de tamaño que un puño, el pollo estaba empapado. Tiritaba de frío. Daba lástima

verlo. Apenas si lograba lanzarle algún picotazo al aire. Le chorreaban las plumas y parecía haber encogido.

Mamá se empeñó en que fuéramos a devolverlo.

—Somos pobres, pero honrados —dijo con una toalla liada a la cabeza—. Pobres, pero honrados —repitió palpándose el vientre, que empezaba ya a despuntar.

Mil años que hubiera estado diciendo lo mismo hubieran sido un milenio perdido. Los pequeños se habían encariñado con el pollo y había quienes, en una desafortada elipsis temporal, lo veíamos rollizo y doradito sobre un nido frondoso de pimientos de El Padrón. Casi podíamos sentir el crujido de su piel chamuscada entre nuestros dientes. No, ya no eran factibles el arrepentimiento y la vuelta atrás. Era evidente. Así que mamá invirtió su esfuerzo y algunos caramelos de licor de anís en que no le dijéramos nada a papá sobre lo ocurrido en el mercado. No debíamos preocuparle con tonterías. Se nos había colado un pollo en casa y nadie venía a reclamarlo. Eso era todo.

La llegada de Pío —a papá le hizo muchísima gracia que le hubiéramos puesto al pollo nombre de Papa— nos incitó a acometer ciertas ingenierías. En primer lugar convertimos una caja de zapatos en una acogedora jaula con la base mullida de serrín. La manteníamos colgada del techo, dos metros y medio sobre el piso de terrazo, y mediante un mecanismo de polea podíamos subirla o bajarla a nuestro antojo. Obviamente, dejar a Pío al alcance de las ratas hubiera supuesto un error de profundo calado. Irreparable. Aquellas bestias omnívoras, cuya principal afición era practicar submarinismo en el cubo que teníamos destinado para hacer nuestras necesidades, no hubieran dejado ni el pico. Como refuerzo, y sabedores de que las ratas también eran proclives a la escalada libre —podría hablarse de ratas atléticas—, organizamos también tumos de vigilancia. Cada dos horas uno de nosotros hacía de centinela pertrechado con un palo de escoba. De esa manera teníamos ocupadas las veinticuatro horas del día y Fabián, artífice de la aparición de Pío, quedaba exento de la tarea. En segundo lugar, ante la insistencia de los pequeños, ideamos una operación de camuflaje. Sumergimos unos segundos el pollo en polvos de *Azulón* disueltos en agua. El *Azulón* era un producto químico que mamá solía emplear para teñir nuestras camisetas interiores, las cuales a fuerza de pasar de generación en generación, o sea, de degenerar, terminaban tan descoloridas como un albino en pertinaz lipotimia. Con el *Azulón* las prendas quedaban otra vez como nuevas. Pues bien, el baño en *Azulón* tuvo idéntico efecto en el plumaje de Pío, que quedó teñido de un añil fulgurante.

Ni que decir tiene que a partir de entonces todas nuestras atenciones se centraron en un proyecto común: engordar el pollo. Hacíamos batidas por los maceteros del barrio en pos de gusanos y escarabajos. Descubríamos con satisfacción lombrices opalinas bajo las piedras. Cazábamos al vuelo moscas fluorescentes. La cadena alimentaria comenzaba en los invertebrados, pasaba por el pico abierto de Pío y habría de terminar indefectiblemente en el fondo de nuestros estómagos. Los eslabones eran tres. Sólo tres. No había lugar para sentimentalismos flácidos o indultos de última hora ni entre Los Patatos más tiernos. Nuestro hambre era un hambre original. Una huella dactilar. Un gen. Veníamos literalmente al mundo con el hambre debajo de un brazo. Y eso, que poco o nada tenía que ver con el apetito, sólo se podía combatir comiendo.

Pío engordó a marchas forzadas. Tuvimos que meterlo en una caja más grande. Cambiarlo luego a otra mayor. A la postre tuvimos que sacarlo de la caja. Se había convertido en un ejemplar fibroso, una especie de Sansón con cresta de las gallináceas. Era capaz de contener a picotazos a un mismo tiempo el ímpetu de tres o cuatro ratas. Una vez por semana lo bañábamos en *Azulán*. Después lo poníamos a secar a la intemperie del boquete de la fachada. En la distancia parecía un pavo real dentro de una hornacina.

La víspera de que hubiera de emprender su camino hacia los fogones —el sacrificio estaba previsto para la Asunción— Pío desapareció sin dejar señales. Era una matinal de domingo y volvíamos de dar una vuelta por el rastro. Nunca comprábamos nada, pero nos gustaba perderlos entre los puestos de baratijas. Nos sentíamos muy cómodos entre las muchedumbres. Además papá siempre se tomaba después un vermú rojo de grifo y repartía entre todos las aceitunas que le servían de tapa. Es curioso, pero sobre todo conservo de mi padre un recuerdo musical. Un tintineo incesante de llaves. Por su oficio de sereno llevaba varios manojos prendidos del cinturón que entrechocaban al caminar. Y eso es lo que recuerdo de él. Ese tintineo metálico.

Decía que de regreso del rastro no hallamos señales de Pío. Emprendimos entonces una búsqueda desquiciada. El primer registro tuvo lugar en los dominios de las ratas, pero allí no había restos orgánicos ni plumas. Para ser sincero, en el rincón de las ratas apenas si quedaban ratas. Lo que en su época de esplendor fue una invasión en toda regla apenas podía considerarse ahora una embajada. Muertas de hambre, la mayoría habían abandonado la casa en busca de alimentos, y las pocas que resistían, infestadas de picotazos y en un estado físico rayano en la hibernación, hubieran, sucumbido con facilidad a nuestras torturas. Si las dejábamos vivir era sólo por una cuestión de supremacía. Eran el recordatorio de nuestra victoria. Nuestras prisioneras. Pero, por encima de todo, la prueba irrefutable de que la capacidad de adaptación al medio de Los Patatos no tenía parangón en ninguna otra especie.

Buscamos a Pío por todas partes. Con desesperación. Sin desmayo. Dentro del cubo destinado a nuestras necesidades, bajo las literas, en las alacenas vacías de la cocina, en el paisaje volcánico de patatas encerrado bajo llave en un arcón, en los aleros del tejado — esta última ocurrencia obedeció a la tesis de Fermín, el mayor, quien insistió sobremanera en un inaudito despertar volador del pollo—... Una vez agotadas las alternativas domésticas lo intentamos en el exterior. Nos dividimos en tres grupos e hicimos una batida por La Guindalera. Aquel domingo no hubo callejuela que no pisaran nuestros pies ni salió de nuestras bocas menguantes otro nombre distinto del de Pío. Lo voceamos hasta quedar afónicos. Al caer la tarde, resignados, decidimos indagar en la basura del vecindario. Así fue como Fabián, con lágrimas en los ojos, extrajo de un cubo comunitario un puñado de plumas añiles. Enfrente había un caserón, desde una de cuyas ventanas, con una mueca travestida de sonrisa, el viejo nos miraba a la luz de un candil.

Al día siguiente, por iniciativa propia, me presenté en el mercado con un cubo lleno de mierda y orines y lo esparcí sobre el puesto del viejo. Pude haber huido, pero no lo hice. Me quedé allí, erguido, contemplando como trataba de arreglar el desaguisado irrigando agua con su manguera sobre los muslos, las pechugas y las alas al tiempo que me maldecía. Estuve un rato sosteniéndole la mirada. Luego me fui. Horas después los policías que le

acompañaron cuando vino a cobramos el alquiler se personaron en casa. Querían a toda costa que fuera con ellos a la comisaría. Era algo inexcusable, pero papá les entregó las medallas de oro a la natalidad y se volvieron por donde habían venido. Esa fue la última vez que ví a papá. Horas antes de que se marchara a trabajar con su tintineo entrañable de llaves. Por la mañana el suelo de La Guindalera amaneció pintado con infinidad de siluetas. Eran idénticas a las que la policía pinta con tiza en las películas para marcar la posición de los cadáveres. Como se extendió el rumor de que habían sido pintadas en memoria de los caídos por el bando republicano, la gente no se atrevía a pisarlas. Caminaban de puntillas, sorteando las siluetas. Las marcas estuvieron allí, ocupando la práctica totalidad del pavimento, hasta más allá del mediodía. Entonces los barrenderos se dispusieron a borrarlas con agua y jabón. Algunos tenían los ojos húmedos, igual que mamá.

Durante algún tiempo nos dedicamos a buscar a papá a lo largo y ancho del país. Vagamos varios meses sin éxito por cárceles, depósitos y cementerios. La chatarra y el cartón se convirtieron en nuestro medio de sustento. A veces también arrancábamos patatas o cebollas a jornal. A mamá le cogió en Barbastro la hora de dar a luz a Tinín. Fue un parto tremebundo. La comadrona dio al bebé las palmaditas de rigor en el lomo, pero el niño no lloraba ni hacía ningún otro ruido. Así que empezó a golpearle con más fuerza. Cada vez más fuerte. Más y más fuerte. Mamá se levantó de la cama y le arrebató el niño.

—Como quiere esta mujer que te oigamos llorar, mi amor —musitó estrechándolo contra su pecho—, si no tienes boca.